

Ana Alonso

La Voz del Valle

Ilustraciones
de Enrique Flores

ANAYA



PIZCA DE SAL



1.ª edición: marzo 2015

Dirección de la colección: Olga Escobar

- © Del texto: Ana Alonso, 2015
© De las ilustraciones: Enrique Flores, 2015
© De las fotografías de cubierta: Thinkstock/Getty Images
© De las fotografías de las fichas: Archivo
Anaya (Cosano, P; Candel, C.
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.anayapizcadesal.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-678-7121-0
Depósito legal: M. 1445/2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

La Voz del Valle

Ilustraciones
de Enrique Flores



ANAYA

CAPÍTULO 1

Un coche grande y negro aparcó sobre el empedrado de la calle más empinada de Baeira, justo debajo de las ventanas del colegio.

Arriba, los doce alumnos de todas las edades que ocupaban la única aula del edificio se quedaron escuchando el sonido bronco del motor hasta que se apagó. Los pequeños dejaron de amasar y redondear la plastilina de colores con sus deditos torpes. Los medianos, que estaban escuchando una explicación de su maestra, Mila, sobre el aparato digestivo, dejaron de escuchar. Y los mayores... Los mayores, que ocupaban la parte de atrás del aula, se miraron unos a otros sin decir nada. Eran los únicos, junto con Mila, que sabían lo que estaba ocurriendo.

Los alumnos de quinto y sexto curso de Baeira eran cuatro en total: Carlota y Ángel cursaban sexto, y al año siguiente tendrían que ir a estudiar al instituto de Castroalbo, un pueblo mucho más grande que Baeira situado a la salida del valle del río Argande, veintidós

kilómetros carretera abajo. Miguel y Sofía iban a quinto, lo que significaba que aún les quedaba un año para ir a estudiar a Castroalbo.

Eso, si las cosas no se torcían...

Y que las cosas se torcieran o no dependían de la persona que acababa de apearse del coche negro. O eso, al menos, creían los chicos.

—Ha llegado Rosa, la inspectora —anunció Mila con un hilo de voz—. Será mejor que salga a darle la bienvenida. Los de tercero y cuarto, poneos a repasar lo que os acabo de explicar. Los demás seguid con lo que estabais haciendo. Si alguien necesita ayuda, que se la pida a Ángel o a Carlota. Vuelvo enseguida.

En cuanto Mila salió del aula, Sofía se puso de pie. Era la más inquieta de la clase.

—¿Qué haces, Sofía? —preguntó Ángel—. Te la vas a cargar...

Sofía había entreabierto la puerta del aula y estaba mirando por la rendija.

—Chiss —dijo, volviéndose hacia Ángel y haciendo un gesto para que se callara—. ¿Queréis que os cuente lo que pasa, o no? —añadió en un susurro—. Están las dos abajo, al pie de la escalera. La inspectora sonríe mucho.

—¿Sonríe como si se sintiera culpable? —preguntó Carlota.

Sofía tardó unos segundos en contestar. A través de la puerta entreabierta llegaba el sonido de la voz de Mila, mezclada con algunas respuestas cortas de Rosa.



—Sí —declaró finalmente Sofía—. Se siente culpable.

—¿La «inspectora» es mala? —preguntó Elena, una niña pecosa de tercero de Infantil.

—No es mala ni buena; solo hace su trabajo —contestó Ángel.

—¿Y cuál es su trabajo? —quiso saber Pelayo, el único niño de segundo de Primaria.

—Su trabajo es inspeccionar —contestó Miguel, que aprovechaba cualquier oportunidad para demostrar lo que sabía ante los más pequeños de la escuela—. O sea, ver si todo funciona bien, informar si algo no funciona como tiene que funcionar... Esas cosas.

—¿Y ha venido para ver si nosotros funcionamos bien? —preguntó Cristina, de cuarto.

—No. Ha venido para quitarnos el colegio —afirmó Carlota de mal humor.

—¡Carlota! —le reconvinó Ángel con el ceño fruncido—. ¡Se supone que era un secreto!

—¿Entonces es verdad? —preguntó Cristina, asombrada.

Ninguno de los mayores dijo nada. Pero su silencio hablaba por sí solo.

—¡Eso es mentira! —gritó Nico, que solo tenía cuatro años—. ¡El colegio es nuestro!

Y para subrayar sus palabras, despachurró la serpiente de plastilina azul y amarilla que acababa de hacer.

Elena se echó a llorar. A gritos.

—¡Cállate, que es una broma! —dijo Cristina, tapándose los oídos.

—No, no es una broma —dijo Ángel, muy serio—. Pero todavía no hay nada seguro, así que, por favor, vamos a intentar controlarnos un poco.

—¡No quiero que me quiten el colegio! —berreaba Elena—. ¡Ya nunca aprenderé nada!

—Pues yo aprenderé con la tele —dijo Pelayo con mucha tranquilidad—. Y si no, con un ordenador. Con un ordenador puedes aprender hasta a hacer una nave espacial.

—Sí, como que te van a dejar que te quedes en tu casa si cierran la escuela —se burló Miguel—. Lo que harán será mandarnos al colegio de Castroalbo.

—¿A Castroalbo? —preguntó Nico—. ¿Y tenemos que vivir en Castroalbo?

—¡Yo no quiero ir! —sollozó Elena—. ¡Quiero quedarme con mis padres!

—Chicos, pero ¿qué pasa aquí? —dijo Mila, entrando en la clase y dándole un susto de muerte a Sofía, que hacía rato que se había olvidado de vigilar la puerta.

Detrás venía la inspectora, Doña Rosa. Era una mujer muy elegante. Llevaba un traje de chaqueta gris, zapatos de tacón y mechones rubios en el pelo. Se quedó de piedra cuando la llorosa Elena la señaló con un dedo acusador.

—¡Ladrona! —exclamó—. ¡Nos quiere quitar el colegio!

—¡Elena! —gritaron seis o siete voces a la vez, una de ellas la de Mila.

La inspectora se volvió hacia Mila con expresión de indignación.

—¡Esto es lo que me faltaba! ¿Qué les has contado a tus alumnos?

Mila le sostuvo la mirada.

—Solo se lo he contado a los mayores, pero no me arrepiento. ¿Por qué no van a saber la verdad? Es su futuro lo que está en juego; lo tienen que saber.

—Entonces ¿no es una broma? —preguntó Cristina; y sus ojos también se llenaron de lágrimas.

La inspectora caminó con paso decidido hasta la mesa del profesor, arrojó su bolso rojo sobre unos deberes que Mila había estado corrigiendo y miró a los niños y niñas de la clase.

—Está bien. Si queréis que os explique lo que pasa, os lo explicaré. Algunos sois muy pequeños y no creo que seáis capaces de entenderlo, pero, en fin... Lo que pasa, chicos, es que el año que viene la escuela perderá dos alumnos, los dos que están matriculados en sexto. Y al año siguiente perderá a otros dos, los de quinto. Mientras tanto, no está previsto que entre ningún niño nuevo, porque no hay ningún niño menor de tres años en Baeira. No sé si os dais cuenta de lo que eso significa: cuatro alumnos menos.

—Pero yo voy a tener una hermana —dijo Carlos, un niño de tercero al que normalmente no le gustaba mucho participar en clase—. Va a nacer en mayo. Y se va a llamar María. Bueno, yo quiero que se llame María, pero mi madre está empeñada en que se llame Cecilia.

—El nombre no importa ahora —dijo Sofía—. Lo que importa es que va a nacer y que tendrá que venir al colegio, así que ya tenemos una compañera más.

—Eso no es suficiente —contestó la inspectora—. Una alumna dentro de tres años no compensa la pérdida de cuatro alumnos que el colegio va a sufrir. El curso que viene, con la marcha de los dos que ahora están en sexto, os quedaríais con diez. Y la Administración ha decidido que no es rentable mantener un colegio con solo diez alumnos. ¿Vosotros sabéis el gasto que supone pagar a una profesora solo para diez niños? Y no es solo el sueldo de Mila; hay que pagar electricidad, gasóleo, teléfono...

—¡Pero si el teléfono no lo usamos casi nunca! Que lo quiten si quieren —sugirió Cristina.

—Esa no es la cuestión —dijo la inspectora, molesta por la interrupción de la niña—. La cuestión es que sale muy caro mantener abierta una escuela solo para diez alumnos. No se puede, no hay dinero. Mantener un colegio tan pequeño es un lujo que no podemos permitirnos. Esto no lo he decidido yo, a ver si lo entendéis. Yo me limito a organizar cómo se va a hacer el

cambio a partir del curso que viene, pero las órdenes vienen de arriba.

—¿De arriba? —preguntó Pelayo—. ¿De muy arriba?

—¿De Dios? —preguntó Nico impresionado.

Algunos niños se echaron a reír. Pero Mila no se reía.

—No, Nico; vienen de los que mandan —explicó—. Pero es posible que los que mandan no entiendan muy bien lo importante que es esta escuela para nosotros. Si les afectase a sus hijos, si fueran sus hijos los que están a punto de quedarse sin colegio... Seguramente verían las cosas de otra manera.

—¡Por favor, Mila! —interrumpió la inspectora, escandalizada—. En lugar de ayudar a que lo entiendan, ¡lo estás poniendo peor! Lo que hay que hacer es ayudarles a que acepten la situación y se preparen para el cambio.

—Pero ¿por qué hay que aceptar una cosa que no es justa? —insistió Mila. Los chicos se dieron cuenta de que también sus ojos estaban húmedos—. ¿Por qué no vamos a poder luchar por que, al menos, nos escuchen y entiendan nuestro problema? No creo que sea tanto pedir.

La inspectora suspiró. Era una mujer práctica, y aquella explosión de emociones estaba empezando a ponerla nerviosa.

—Está bien —dijo—. Son tus alumnos, así que enfoca el asunto como quieras. Yo solo voy a deciros

una cosa, chicos. El colegio de Castroalbo es mucho más grande y más bonito que este. Tiene muchas aulas, todas con pizarras digitales, y una biblioteca preciosa. Allí podréis conocer a un montón de amigos nuevos. Y no tendréis que compartir a vuestra profesora con los niños de otros cursos, la tendréis solo para vosotros.

—A nosotros no nos importa compartir a nuestra profesora —la interrumpió Carlota—. Al contrario, nos gusta. Nos gusta ayudar a Mila con los pequeños, y oír lo que les explica a los de tercero y cuarto, y aprender unos de otros.

—Eso es verdad —la apoyó Sofía, aunque normalmente era raro que las dos estuvieran de acuerdo—. Y además, para ir a Castroalbo tendremos que levantarnos muy temprano y coger un autobús. Aquí nieva mucho. ¿Qué pasará los días que nieve?

—Chicos, estáis exagerando —dijo la inspectora, dándose por vencida—. Ya veréis como luego no es tan malo. En fin, yo me despido. Tengo que continuar con mis visitas. ¿Me acompañas, Mila?

—Creo que no será necesario. Ya conoces el camino. Si no te importa, prefiero quedarme aquí con los chicos.

Doña Rosa se encogió de hombros. Después, en medio de un silencio sepulcral, se dirigió a la puerta. Ya estaba a punto de salir cuando la voz de Ángel le hizo volverse.

—¿Qué tendría que pasar para que el colegio no cerrara? —preguntó el chico.

La inspectora se quedó pensando.

—Bueno, tendría que haber más niños. Si se matriculasen un mínimo de doce niños, la administración lo mantendría abierto. Pero no os hagáis ilusiones, chicos. Baeira lleva muchos años perdiendo habitantes. Nadie ha venido a instalarse en la zona últimamente, ni va a venir... Por eso, es mejor que os vayáis haciendo a la idea de que el colegio cerrará.



La Voz del Valle

El colegio del pueblo de Baeira se está quedando sin alumnos y el curso que viene cerrará sus puertas. Pero cuatro de sus alumnos mayores están dispuestos a hacer todo lo posible para impedirlo. Con ese objetivo, crean un periódico digital llamado *La Voz del Valle*. El periódico les llevará a vivir una extraña aventura que cambiará para siempre el destino de su pueblo.

Con este libro aprenderás...

Muchas cosas sobre las distintas secciones de un periódico y sobre los tipos de textos que se publican en ellos.

Lengua

PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!



1589031